DON LOPE DE VEGA CARPIO,

DRAMA EN TRES ACTOS, EN VERSO,

original de Manuel García Muñoz.

Personajes.	Actores.
.ª MARIA DE LUJAN.	Sra. Duclos.
LVIRA.	Sra. Rizo.
NÉS.	Sra. Raurell.
LOPE DE VEGA CARPIO.	Sr. Guerra.
CLAUDIO CONDÉ.	Sr. Parreño.

Personajes.	Actores.
D. DIEGO SALCEDO.	Sr. Prats.
D. FADRIQUE DE TOLEDO.	Sr. García.
MENDOZA.	Sr. Casanóvas.
Un Criado.	Sr. Guillen.

La accion pasa en Madrid en el reinado de Felipe III.

El primer acto pasa en casa de D. Lope, y el 2.° y 3.° en casa de Condé.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala decente en casa de D. Lope.

ESCENA PRIMERA.

ELVIRA, INÉS.

Qué teneis, hermosa Elvira,
que estais triste?
Aun no ha venido
Fadrique, y estremecido
late mi pecho y suspira.
Tengo fe en su amor, y siento
una pena que me agita
y el alma me debilita
á causa de su tormento.
Nada teneis que temer;
él os adora, y preveo
que de don Lope el deseo
es procuraros placer,
felicidad.
¿Y has notado,
ahora que á don Lope nombras,
que hace tiempo estas alfombras
con pié tardo y mesurado
pisa, y su semblante muestra
alguna pena interior,
algun oculto dolor
que á nosotras nos demuestra
no sentir?

INÉS. Si que le he visto
cabizbajo, distraido,
pero no lo he atribuido
á inquietud.

ELV. Pues no desisto
de mi idea; yo comprendo
en él la impresion mas leve,
y ahora conmoverle debe
algun pesar; no pretendo
adivinar.... mas sospecho
que habrá entendido mi amor,
y que esto causa el dolor
de su noble y justo pecho.

INÉS. No lo creais.

ELV. Nada, nada
hasta ahora le he ocultado,
y mi pasion le he callado:
su alma fina y delicada,
tal vez por esto ofendida
padecerá; porque creo
que mi amante devaneo
no se le oculta; aflijida
me tiene este pensamiento,
y la tardanza en Fadrique
que no se como la esplique.

INÉS. Ni don Lope tendrá intento

de disgustaros, ni él...
Estará en venir rehacio
porque ocupado en palacio...

ELV. Sé que su pecho me es fiel;
mas temo que alguna intriga
palaciega... porque sé...
Don Lope! luego os diré...

INÉS. Bien. Adios.

ELV. Adios, amiga.

ESCENA II.

DON LOPE, ELVIRA.

LOPE.

Ah! te buscaba, Elvira.

ELVIRA.

Y bien...

LOPE.

Mi mente
acalorada, porque en ella cruzan
mil pensamientos en veloz creciente,
los que débiles versos desmenuzan,
necesita un momento de descanso,
entregarse al recuerdo de otras horas:
de mi pasada vida no me canso
la historia al recordar, tú no la ignoras,
y tras de tanto poetizar me place
hablar contigo de la historia mia.

ELVIRA.

Vos sabeis que escucharos me complace
pues vuestra dulce voz mis pasos guia.

LOPE.

Sentémonos, Elvira: varias veces
te he contado lo mismo que ahora cuento,
así pasaré en alto pesadeces
de ningun interes para mi intento.
El duque de Alba con cariño inmenso
á su lado en su casa me tenia,
y el que al enojo fué siempre propenso
con simpático afan me protejia.
Su hijo don Fadrique, desde niño
hecho á vivir conmigo y en mis brazos,
me demostró su pueril cariño,
y de amistad despues estrechos lazos
nos unieron. Ahora reservado
con quien para él secretos nunca tiene,
se que está de una bella enamorado
que por noble y virtuosa le conviene.
Os turbais y bajais los bellos ojos!
Miradme, Elvira, con mirada franca:
os causa turbacion, os causa enojos
quien el secreto cándido os arranca?

ELVIRA.

Señor!...

LOPE.

Le adoras con tu fe sincera?
Es pura tu pasion como tu alma?

ELVIRA.

Ah! sí; le adoro.

LOPE.

Pues espera, espera
de tu ardiente pasion la amada palma.
Desde niña entregada á mi desvelo
por quien murió á mi lado peleando,
tu único padre soy en este suelo
que por tí y tu ternura vive amando.

ELVIRA.

Gracias, gracias, señor. Yo no queria
deciros el amor que aquí abrigaba,
porque mi labio osado suspendia
un temor que mi sangre coagulaba.

LOPE.

Temor!...—Escucha.—El mundo no conoce
al que en sus obras tiene retratado,
y con el hombre mi estudiado roce
á aquel deja confuso ó engañado.
Desde mi infancia mi estendida fama
debo á un ministro del Señor sin duda,
pues sin él el que ahora oro derrama
y aplaudido se ve de gente ruda,
con esa misma inspiracion del cielo
que le abre senda luminosa y grata,
viviria olvidado y sin consuelo
en esta sociedad fria, insensata,
que admira el genio cuando el oro admira.
Temor tú de contarme la pureza
de tu amor y tu fe, querida Elvira!...
Escucha cuanto debo á tu terneza.
Si á una mujer amé, la perdí al punto:
un hermano tenia y le sostuve
cuando herido cayó. Triste conjunto
siempre en la mente de dolor retuve.
Un hombre me insultó; delirio insano!
un romance escribí satirizándole,
y al fin dejé la pluma, y por mi mano
me administré justicia, demostrándole
que no tan solo versos escribia.
Lo mereció y... te estraña este relato?
Entretanto yo, hermosa, padecia,
y de tí y de un amigo el dulce trato
ofrecian calmante á mis pesares.
Tu porvenir proporcionó el olvido
al que arrostró del mundo los azares.

ELVIRA.

No sospeché que hubieseis padecido...

LOPE.

Como conozeo el mundo, y se el escollo
en que eae el que aquí verdad ostenta,
seguí liado en el maldito embrollo,
y por eso te admira lo que cuenta
ni labio. En los sucesos de mi vida
nas aeiagos, al mundo presentaba
ma obra satíriea, y vertida
ba en ella la hiel que aquí abrigaba.
's verdad que hay virtud en esta tierra
bra del Criador, pero muy poea;
orque si el hombre al hombre mueve guerra,
ué es esta humanidad egoista y loca?
or eso yo he llevado disfrazado
i corazon sensible con el velo
: indiferencia, y ay! me ha fatigado
veces esta farsa. Solo anhelo
ora, pobre Elvira, complaeerte:
ra mí solo un punto de esperanza
presenta... y confio... — De tu suerte
pondo yo.

ELVIRA.

Señor, á cuanto aleanza
stra bondad!

LOPE.

Ve, ve: sorprender quiero
drique.

ELVIRA.

Será tanto su gozo!

LOPE.

causará plaeer ser el primero
dé esta nueva al inoeente mozo.

ESCENA III.

DON LOPE *solo*.

Sí, ve con una ilusion
que te haga dulce el vivir;
permite á tu corazon
estremecerse y latir,
y bendice tu pasion.
Ah! en la edad de los amores,
gozando con sus quimeras,
para ella serán las flores
mas bellas, mas lisonjeras,
con su odor y sus colores.
Quien pudiera sonreir
con la sonrisa de amor
con que ves el porvenir
tú que tuviste dolor
leve instante en tu existir!
— Bella imágen que en mi mente
grabada por siempre estás,
por tí se abrasa mi frente,
porque eternamente vas
conmigo en mi seno ardiente.
Tan solo una vez te ví,
hermosa como el placer;
desde entonees te perdí:
porqué ese dia de ayer
no ha de tornar para mí?
Seria faseinaeion
de mi pensamiento loco?
Pobre, herido eorazon,
caminemos poeo á poeo
la senda de la ilusion.

ESCENA IV.

DON LOPE, FADRIQUE.

FADRIQUE.

Señor.

LOPE.

Fadrique! ven. En que eonsiste
hoy tu demora? aeaso tu tardanza
produjo alguna dama? — Veo triste
tu semblante... Fadrique, ¿que mudanza...

FADRIQUE.

Es un seereto que en el pecho guardo...

LOPE.

Cuyo seereto conoeido tengo.

FADRIQUE.

No os comprendo.

LOPE.

No sé de tu retardo
la causa, pero sí, te lo prevengo,
de tus amores la apaeible historia,
porque á mi bella Elvira he interrogado ..

FADRIQUE.

Ah! ¿sabeis...

LOPE.

Lo que ha dado á mi memoria
nuevo eneanto. Yo habia adivinado
vuestro amor.

FADRIQUE.

¿Y aecedeis...

LOPE.

Mueho lo siento,
pero...

FADRIQUE.

Qué?

LOPE.

Que tendré que resignarme
á esperar el preciso asentimiento

de la iglesia, que habrá de dilatarme
el placer que esta union me proporciona.

FADRIQUE.

Cuan bueno sois!

LOPE.

Pero á pesar de todo
no cambia tu tristeza: qué ocasiona
lo que ahora te domina de ese modo?

FADRIQUE.

Escuchadme: con vos debe ser franco.
De mi primer amor, amor de niño,
fué una señora de la corte el blanco:
yo entonces le juré eterno cariño,
porque creia en mi ilusion primera
cuando aun miraba por hermoso prisma
el mundo engañador, que aquella era
de mis ensueños mágicos la misma
beldad. Despues su corazon helado,
sus mezquinas pasiones destruyeron
el altar de ilusion aquí elevado,
y la base y el ídolo cayeron.

LOPE.

Y bien?

FADRIQUE.

Y desde entonces amé á Elvira:
pero ahora á los piés del soberano
puesta aquella mujer, aspira... aspira
á que enlace mi mano con su mano.

LOPE.

¿Y el rey...

FADRIQUE.

El rey aunque conoce á fondo
mi corazon, y sabe mi pureza,
mi recto proceder, tormento hondo
me causa, pues me manda con presteza
unirme á esa mujer.

LOPE.

Eso ha dispuesto!

FADRIQUE.

Eso que nunca cumpliré.

LOPE.

Concibo
lo que sufres. Veré al monarca.

FADRIQUE.

Presto,
porque el remedio debe ser activo.
Ella nunca capaz hubiese sido
de ese paso fatal, pero hace poco
que ha llegado un su hermano maldecido,
de estraña tierra, y él ha sido el foco
de este acontecimiento.

LOPE.

Y ese hermano
quien es?

FADRIQUE.

Un tal don Diego de Salcedo.

LOPE.

El! ah! si: voy á ver al soberano
y á deshacer su intriga. Mucho puedo
con Felipe tercero, y de ese hombre
infame que has nombrado ver ansío
deshecho el vasto cálculo. Su nombre
me causa horror; pero alcanzar confio...

FADRIQUE.

Me asombra...

LOPE.

Es cuento de relato largo,
y el tiempo que ahora pasa es muy precioso
De protejer tu llama tomo el cargo;
cargo que al parecer es espinoso...

FADRIQUE

Ah! si vos no lograis...

LOPE. (*Cojiendo unos papeles que debe habe dejado al salir encima de una mesa.*)

He aquí mi escudo:
mis armas son mis versos; sí; por ellos
he conseguido tanto, que no dudo
cojer esta ocasion por los cabellos.

FADRIQUE.

Mi vida os deberé.

LOPE.

Como á mis hijos
os adoro á los dos. A Dios.—Espera...
Pero por Dios que estamos ya prolijos,
y la prolijidad me desespera.
—Grata sonrisa, hasta mis labios baja!
Oh mente y corazon, reanimaos.
—Por Elvira, por tí Lope trabaja,
y... se puede esplotar mucho este... caos.
A Dios.

ESCENA V.

FADRIQUE.

El os guie.—Oh cielo!
haz que al rey vea y convenza,
que con su talento venza
su obstinada oposicion.
Sin Elvira que es el suelo
para mí? de cualquier modo
habré de arrostrar por todo
llevado de mi pasion.
Más que el rey puede mi llama,
porque es un volcan ardiente,
y es impetuoso torrente

que ha arrebatado mi ser.
El acento de mi dama,
y sus ojos y su fuego,
me mantienen ébrio y ciego,
delirante de placer.
Elvira! (*viéndola salir.*)

ESCENA VI.

FADRIQUE, ELVIRA.

ELV. Fadrique! cuanto
has tardado!
FAD. Vida mia!
Tambien inquieto sufria,
hermosa, lejos de tí.
ELV. Lo creo, porque el quebranto
que sufriera no creyéndolo,
sospecho que solo viéndolo,
fuera imaginable en mí.
Don Lope me ha sorprendido
el secreto amante y puro.
FDR. Lo se.
ELV. Ya el bien es seguro
que nos espera. Tu amor
constante, grato y sentido,
formará la dicha eterna
de la que amorosa y tierna
junto á ti olvida el dolor.
¿No es verdad que hay en el alma
del que adora enamorado,
un consuelo dilatado,
gérmen de felicidad,
y se siente paz y calma,
y ternura y embeleso,
y del placer el esceso
y arrobamiento y verdad?
FAD. Yo se solo que á tu lado
mi ecsistencia es mas tranquila,
que devora la pupila
un espacio celestial.
ELV. Y no temes ya el dañado
desvelo del palaciego
que robaba tu sosiego?
FAD. Junto á ti no ecsiste el mal.

ESCENA VII.

FADRIQUE, ELVIRA, UN CRIADO.

CRIADO.

Diego de Salcedo.

FADRIQUE.

Aquí don Diego!

ELVIRA.

No se quien es..

FADRIQUE.

Yo si. — Dile que pase.

ESCENA VIII.

DICHOS, *menos* EL CRIADO.

ELVIRA.

Pero ese hombre...

FADRIQUE.

Déjanos te ruego.

ELVIRA.

¿Seria acaso...

FADRIQUE.

De elevada clase;
amigo de don Lope.

ELVIRA.

Y con que intento
quieres hablarle?

FADRIQUE.

Lo sabrás mas tarde.
Aquí viene?

ELVIRA.

No se que pensamiento...

FADRIQUE.

Nada temas.
(*La acompaña hasta la puerta lateral izquierda.*)
Veremos si hace alarde
ante mí de su infamia.

ESCENA IX.

FADRIQUE, SALCEDO.

SALCEDO.

(El de Toledo!)

FADRIQUE.

Os asombra, no es cierto, mi presencia?

SALCEDO.

En este sitio si.

FADRIQUE.

Lo se: no puedo
complaceros.

SALCEDO.

Con mucha indiferencia
mirais la órden real.

FADRIQUE.

Si, si: la miro
de esa manera, porque fué arrancada
por vos.

SALCEDO.

No lo creais: hondo el suspiro
de mi querida hermana acongojada
llegó hasta el régio oido.

FADRIQUE.

Y hasta ahora
esa pena cruel no la angustiaba!
Vos de Francia vinisteis en mal hora,
y en el camino del que aquí pasaba
una vida feliz vos os lanzasteis!
Sin duda cuando disteis ese paso,
poco las consecuencias meditasteis
que os pueden ser fatales.

SALCEDO.

¿Vos acaso
creeis...

FADRIQUE.

De vos, si, todo.

SALCEDO.

Injustamente
me acusais, don Fadrique. Yo quisiera
calmar á la infeliz, y vanamente...

FADRIQUE.

Callad; harto os conozco, y necio fuera
(*Sale don Lope de Vega.*)
creyéndoos.

SALCEDO.

Preguntad á mis amigos;
que os digan si mi pecho es rencoroso,
si por mi proceder tengo enemigos.

ESCENA X.

DICHOS, DON LOPE.

LOPE.

Uno, don Diego, uno y poderoso.

FADRIQUE.

Ah!

LOPE.

Siempre soy el mismo, y nunca olvido
mis palabras: os dije que en mi casa
no pusieseis los pies.

SALCEDO.

Y lo he cumplido
hasta hoy; pero hoy me obliga lo que pasa...

LOPE.

A nada.

SALCEDO.

Es que...

LOPE.

Ya se... —se cuanto quiero:
que es mucha vuestra vil hipocresia...

SALCEDO.

Don Lope!

LOPE.

Se que sois el mensajero
que Felipe tercero ahora me envia,
y para darme la funesta nueva
venis de que en mi casa más no admita
á Fadrique.

FADRIQUE.

Es verdad?

LOPE.

Y en su faz lleva
impresa la alegria que le agita.
Reid, gozad: en vuestro rostro brota
la alegria del alma emponzoñada:
riamos pues si con reir se esplota
esa satisfaccion tan dilatada.
— Si habla ya contra vos vuestro semblante!
mirada de reptil y frente estrecha!...
Quitaos buen don Diego de delante
pues pareceis la víbora que acecha.

SALCEDO.

Tened la lengua que me infama, ó... pero,
se quien sois y os perdono vuestra ofensa.

LOPE.

Sabeis quien soy! lo creo; y así infiero
que entre los dos hallais distancia inmensa.
Me perdonais! vuestro temor perdona.
Veis hoy mi posicion, y por mezquino
os humillais ante el que el rey abona;
os asusta el fulgor de mi destino,
y... recordais el filo de mi espada.
Que sois vos ante mi? Traidoramente,
porque no estará aun cicatrizadá
vuestra herida, aunque antigua; de la mente
del corazon la calma ansiais quitarme!
Deseo vano.

SALCEDO.

La fortuna loca
os proteje, mas...

LOPE.

Basta.

SALCEDO.

Bien. (Oh rabia!)
A Dios, don Lope.

LOPE.

A Dios.

SALCEDO.

Ah! me provoca!
pero me vengaré del que me agravia.

ESCENA XI.

DON LOPE, FADRIQUE.

FADR. Qué habeis conseguido?
LOPE. Nada;
no he podido ver al rey;
mas su caprichosa ley
sin duda revocará.
La sórdida intriga armada
de lazo fino y seguro
arrancó á su pecho puro
su órden imprudente. Ah!
Mi mano trastornadora,
y mi cerebro bullente,
cambiarán súbitamente
su adusta resolucion:
que conmigo van ahora,
audacia anhelo y cordura,
y mi victoria es segura
pues me ayuda el corazon.

ESCENA XII.

DICHOS, *un criado.*

CRIAD. Señor, don Claudio Condé
pregunta por vos.
LOPE. Él! Ah!
que pase.

ESCENA XIII.

DON LOPE, FADRIQUE, CONDÉ

LOPE. (*A Condé*) Ven, ven acá!
COND. Lope! (*Se abrazan.*)
LOPE. Cuanto tiempo que
ausente de tí me he visto.
COND. Es verdad. — Ah! caballero...
(*Saludando á Fadrique.*)
LOPE. Hijo del Duque.
COND. Ah!
LOPE. Le quiero
como á hijo: es mozo listo,
muy galan y muy valiente.
FADR. Don Lope!...
LOPE. Está enamorado,
y en un asunto embrollado
se ha metido: ahora presente
tengo que tu eres amigo
del ministro.
COND. Sí.
LOPE. Pues bien;
tu nos servirás tambien.
COND. Sí; puedes contar conmigo.
FADR. Gracias. Si os puedo servir
en algo, será un honor
para mí...
COND. Vuestro señor
padre, abrió á mi porvenir
ancha senda: obligacion
es en mí...
LOPE. (*A Fadrique*). Nos hemos criado
juntos, y juntos pasado
igual suerte: tu pasion
protejerá.
FADR. Pues me ausento
llevando aquí esa esperanza.
COND. Si el de Lérmos no lo alcanza,
no se quien...
LOPE. Ve, ve contento.

ESCENA XIV.

DON LOPE, CONDÉ.

CONDÉ. Y qué, qué es?
LOPE. Es un historia
complicada, y media en ella,
astuto tras nuestra huella
un ser de fatal memoria
para nosotros; Salcedo.
CONDÉ. Ah! ya!... Conmigo ha venido.
Desde tu lance has sabido
que atravesarle no puedo;
pues por ser deudo cercano
de mi mujer le he tratado
en Francia.
LOPE. Que! te has casado!...
CONDÉ. He enajenado mi mano.
Pero es tan pura y tan bella,
la esposa que me ha cabido,
que dichoso he bendecido
mi hermosa y brillante estrella.
LOPE. Tu eres feliz.
CONDÉ. Y tú, no?
LOPE. No.
CONDÉ. Y tu gloria? y tu renombre?
y la fama de tu nombre
que á todas partes llegó?
No vienen los estranjeros
á celebrarte y á oirte!,
y á admirarte y aplaudirte?
No tienes los lisonjeros
aplausos de un pueblo amante,
la posteridad ganada,

y si la pompa te agrada
de este mundo, no es brillante
deslumbradora, esplendente
tu alta posicion social?
Que lauro te falta, cual,
para engalanar tu frente?

LOPE. ¿Ves ese fausto mundano,
que es fausto perecedero,
esa gloria que me adquiero,
ese esplendor? todo en vano
se junta para calmar
una agonía creciente,
devoradora y ardiente,
y el alma llega á dudar,
y á creer que en este suelo
no hay bálsamo para mí.

CONDÉ. Habla, que te angustia, dí?

LOPE. Toda mi gloria, y el vuelo
de mi rica fantasía,
todo, sí, en este momento
por el dulce pensamiento
que te ocupa trocaria.
Una mujer te consuela,
una mujer celestial!
Escucha mi eterno mal;
oye lo que me desvela.
Es un secreto que le oculto al mundo,
y por eso me causa mas fatiga:
solo ahora encontré una voz amiga,
y por eso revelo mi profundo
sentimiento. Mis ojos admirados
vieron una beldad fascinadora:
de mis ojos huyó, y hora tras hora
desde entonces la ví en mis prolongados
insomnios. Y rejistro ávidamente
la necia multitud del mundo necio,
y solo observo el mundanal desprecio
miéntras se abrasa mi cabeza ardiente.
Aquí en mi corazon está grabada
la imágen seductora, aquí la llevo;
por ella á maldecir, ay! no me atrevo;
por ella siento el alma apesarada.
Y vivo delirante, y así cruzo
esta senda mezquina de la vida,
y así pasa mi máquina dolida
entre turba que apláudeme si aguzo
la mente que divaga, y si le escribo
esta hiel impregnada en una troba,
este ardor, y él sonrie miéntras vivo
sin calma porque el cielo me la roba.

CONDÉ.

Cesa; cesa por Dios, Lope querido;
ten mas valor; los dos la buscarémos.

LOPE.

Es imposible hallarla.

CONDÉ.

Decidido
estoy á acompañarte, y la hallarémos.
Y entónces, cual será la que por bella
se tenga en mas que el genio poderoso?
Que mujer será sorda á tu querella?

LOPE.

No se; pero cual nunca ahora medroso
encuentro el corazon.

CONDÉ.

Locura tuya.

LOPE.

Tu, mi mejor amigo, así lo crees!

CONDÉ.

Si la belleza angelical es suya,
tu los humanos corazones lees;
tu eres el genio del saber. Qué existe
comparado contigo grande y bello?

LOPE.

Por Dios, Condé.

CONDÉ.

El talento se reviste
do quiera de grandeza con el sello.
Tu alcanzarás cuanto alcanzar intentes.

LOPE.

Te ciega la amistad.

CONDÉ.

No, no me ciega.
Luego vendré por tí: fuerza es que alientes.

LOPE.

Claudio!

CONDÉ.

A Dios! Confianza! espera y ruega.

ESCENA XV.

DON LOPE.

La hallaré? seré dichoso
todavia con su amor?
se calmará mi dolor
junto á aquel ángel hermoso?
«Todo lo puedo por mí!»
Ay! ojalá que así fuese,
y ojalá que ella sintiese
el amor que siento aquí.
— Y Elvira? — infeliz! — y él?
Ah! esta dura realidad
me enseña la cruel verdad;
me enseña el poso de hiel

que me queda aun que apurar.
— Pobre, humana condicion!...
— Prepárate corazon
para sufrir y luchar.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa una sala decente en casa de Condé.

ESCENA PRIMERA.

CONDÉ, MARIA.

CONDÉ. Si, Maria, sí, padece;
de tan ardiente pasion
se halla poseido, y son
mayores aun que parece
en él las penas de amor,
porque juega con su acento
ocultando el sentimiento
que produce su dolor.
ARIA. Pobre don Lope!
ONDÉ. Maria,
es mi único amigo; y es
quien despierta el interes
que en mi causa esta agonia.
ARIA. Siempre te he oido decir
lo mismo de él.
NDÉ. Yo te quiero
con un amor verdadero,
cual se quiere el porvenir;
pues despues de tí, te juro
que es el único querer
puro que acierto á tener.
RIA. Lo creo.
DÉ. Te lo aseguro
por mi fe. Nos conocemos
desde niños: he vivido
con él en auge, querido,
y tambien los dos nos hemos
encontrado en tierra estraña,
perseguidos, y ocultándonos,
protejiéndonos, librándonos
uno á otro de la saña
del poder. Yo he celebrado
tambien sus inspiraciones
primeras; las sensaciones
sé que al resorte han llegado
de su seno; y cuando siente
un pesar, su pesar siento,
y su estado violento
hoy violenta mi mente.
A. Y... vendrá?
É. Sí, hoy: me es forzoso
ausentarme; pero creo
que adivinas mi deseo,
y procurarás reposo
á su angustia indefinible
con el grato acojimiento
que le harás.
MARIA. Ese es mi intento.
CONDÉ. Todo en el mundo es factible;
y si logramos calmar
su inquietud...
MARIA. Tal vez...
CONDÉ. Quisiera
que así en breve sucediera.
Ahora voy á visitar
al de Lérmos.
MARIA. Al privado
de su magestad?
CONDÉ. Al mismo:
quiero librar de un abismo
de amor á un jóven honrado;
y si el ministro nos presta
su ayuda...
MARIA. Me satisface
de tí, lo que te complace,
el bien que haces.
CONDÉ. En esta
vida corta que pasamos,
ya que tan pronto acabemos
su oscura senda, sembremos
lo que en ella no encontramos:
y allá los de otras edades,
mas dichosos que nosotros,
recuerden que fueron otros
los que á sus felicidades
dieron base; y si no crece
la planta que está sembrada
por oculta y descuidada,
y mustia y seca perece,
al menos Dios que no ignora
lo que en nuestro mundo pasa,
Dios nos premiará sin tasa
nuestra fe consoladora.
MARIA. Qué dichosa soy contigo,
Claudio!

CONDÉ. Pues mi fe no es nada,
ni mi bondad, comparada
con la bondad de mi amigo.
Él reune gentileza,
prudencia, gracia, talento,
y un profundo sentimiento
que revela su pureza;
fino en todo, caballero,
no cede en cortesanía
á aquellos de mas valía,
y noble, franco, sincero,
revela en todo su alma
grande; en fin, es el poeta
del siglo, con mente inquieta,
bullidora, y bella palma.
MARIA. Ansio conocerle.
CONDÉ. Y él
tambien á tí: pero en tanto,
celebrándole me encanto,
y pasa el tiempo, y cruel
angustia padecerá
mi protejido. Maria,
ruega porque en este dia
me guie Dios.
MARIA Siempre va
contigo.
CONDÉ. No tardaré.
MARIA. Sabes que ansiosa te espero.
CONDÉ. Maria, cuánto te quiero!
MARIA. Ve, que Dios te guia, ve.

ESCENA II.

MARIA *sola.*

Feliz el dia en que en el suelo estraño
de la vecina Francia le encontré.
Ah! desde entonces presuroso un año
pasó, pero en la mente le grabé:
en la mente el recuerdo venturoso
dejé de la profunda sensacion:
vivir así feliz es tan hermoso!
complace tanto al débil corazon.
Las ilusiones de la edad primera
todas con su esplendor realicé:
yo he cruzado la mágica carrera
que mi ensueño de niña siempre fué.
Cada sonrisa del destino mio
tiene un lugar aquí, cada ilusion.
Quiero contarlas; pero en vano ansío
ni un cálculo formar! Ay! tantas son!

ESCENA III.

MARIA, UN CRIADO.

CRIADO. Don Lope.
MARIA. Que pase.

ESCENA IV.

MARÍA, DON LOPE.

LOPE. (Es ella!...
Su esposa! — fatalidad!)
Señora, disimulad
si hasta aquí mi osada huella
sin conoceros dirijo;
pero he encontrado á Condé,
y hasta aquí por él llegué.
MARIA. Satisfaccion no os exijo.
Ademas que vos sabeis
don Lope que en vuestra casa
estáis, que de nuestra escasa
fortuna aquí disponeis.
LOPE. Gracias.—Mi afecto y mi pluma,
si algo valen para vos,
son vuestros; es lo que Dios
me legó en el mundo en suma.
MARIA. Dichoso os podeis llamar,
pues por ella conseguís...
CONDÉ. Qué, señora?
MARIA. Os aflijís!
Bien me podeis perdonar:
sin intencion he llegado
á vuestra herida.
CONDÉ. Qué herida?
Ah! ya caigo. De mi vida
Claudio os ha proporcionado
tal vez los datos, y ahora
aludís al misterioso
cariño del pecho ansioso...
Quedé sin él; ya no adora
mi alma ardiente un imposible.
MARIA. Y estais tranquilo?
LOPE. Lo estoy.
Ya planta marchita soy,
y muerto está mi sensible
corazon.
MARIA. ¿Decís...
LOPE. Que helado
está mi seno; y del fuego
que sentí y que loco y ciego
me dejó, ya no han quedado
ni pavesas. Alma, vida,
animacion y desvelo,

todo, ó convirtióse en hielo,
ó tuvo feliz salida
de mi pecho. Y ahora rio,
y gozo, y siento quietud:
ya huyó de mí la inquietud,
la incertidumbre, el hastío.
No sé como definirme,
ni sé como compararme:
nada puede embelesarme,
y nada puede aburrirme.

RIA. Vos el ingenio preclaro
de la nacion española,
vos de cuya vista sola
se muestra Madrid avaro,
que en los versos esparcis
valor, encanto, armonía,
vos indiferente y fria
el alma osada sentís?

E. Cese por Dios de ensalzarme
vuestro labio.

IA. Se muy bien
que se abrasa vuestra sien.
Oh! no podeis engañarme.
Os dominais diestramente,
os encontrais fascinado,
vencido y apasionado
por una mujer. Demente
casi, por ella vivis,
por ella si os inspirais,
por ella si delirais
y por ella si sufrís.
Aunque intentais ocultar
la pena que os martiriza,
y entrais en reñida liza
con vuestra alma; á no dudar
queda, aunque leve y velada,
la muestra en vuestro semblante
de la pasion delirante
que os oprime y anonada.
PE (Ah, Dios mio, que martirio!
Amor, amor y amistad!)
Ese delirio dejad.
RI ¿Delirio llamais...
PE Delirio.
Pasion!... El mundo gastado
puede arrancarme pasion!...
Si hay aquí fascinacion
es la que os habeis forjado.
No veis en mí la sonrisa
que sale del franco pecho?
Pues es que el pecho es estrecho,
y en él no cabe... la risa.
En un mundo de esta estofa
quereis que yo sienta amor?
de este suelo el esplendor
sabeis que me inspira? mofa.
Donde otros en su entusiasmo
encuentran gozo y placeres,
y amor y fe en las mugeres,
sabeis que encuentro? sarcasmo.
Á este mundo de la nada
formado, que nada es,
donde inciertos van mis pies,
le sobra... mi carcajada.
Y pues todo pasa ó gira,
y á su fin camina todo
en este mundo de lodo
do se amasa la mentira,
dejadme que indiferente
cruce ante el vulgo infestado,
y sin pesar ni cuidado
viva entre tan pobre gente.
Y creed que el Dios vendado
me hirió poco; ó si me hirió,
mi mano misma arrancó
la flecha que hubo clavado.

MARIA. Vos, que escribiendo sentís...

LOPE. Escribo lo quo concibo;
lo que siento no lo escribo:
hay aquí mas...

MARIA. Que encubrís!...

LOPE. Ojalá que yo pudiese
decir lo que siento aquí!
Si lo que se encierra en mí,
ay! permitido me fuese
declarar!...

ESCENA V.

DICHOS, UN CRIADO.

CRIADO. El de Salcedo.

LOPE. Señora...

MARIA. Os vais? no, quedaos.
Lo se todo: resignaos,
y complacedme.

LOPE. (Ah! qué puedo
negarla?)

(Doña Maria ha hecho una seña al criado indicándole que puede entrar don Lope.)

ESCENA VI.

MARIA, DON LOPE, SALCEDO.

SALC. Bella Maria...
Ah! — Don Lope...

LOPE. Caballero..

MARIA. A que debo el lisonjero
placer que me causa hoy dia
vuestra visita?
SALC. El encanto
de vuestra vista me atrae,
y tambien aquí me trae
cierta queja...
MARIA. Como?
SALC. Es tanto
lo que os aprecio, que un leve
motivo de desazon
afecta mi corazon
aun mas que afectarle debe.
Sabeis lo que me intereso
por la suerte de los dos:
despues del que debo á Dios,
el cariño que os profeso
es el mas veraz en mí;
pues Maria, ahora es muy justo
que le ocasione disgusto
al que portándose así,
halla ademas de desvio,
muy mala correspondencia
en Condé...
MARIA. Qué?
SALC. En su presencia
diré mi queja, y confio
en que daréis la razon
al que confuso se encuentra,
y en el corazon concentra
la penosa conviccion.
MARIA. No entiendo...
LOPE. (Hipócrita!)
SALC. Basta;
ya lo sabreis.
MARIA. Yo no acierto...
Sabeis vos algo de cierto?
vos, su amigo...
(*A don Lope.*)
LOPE. (*Con intencion.*) Si; contrasta
indignos planes, y ofende...
MARIA. Don Lope, se que una ofensa
hoy vuestra memoria prensa,
y que vuestra sangre enciende.
Sé á mas que esa ofensa un duelo
motivó, y que vos heristeis
á don Diego: si vencisteis
y cumplisteis vuestro anhelo
escuchando de su labio
la retractacion debida,
que os renueva ahora la herida
de aquel tan añejo agravio?
LOPE. El herido fué don Diego,
testigo ocular Condé;
sí; él el castigado fué,
porque malicioso y ciego
mi conducta osó tachar,
menospreciar mis escritos,
acumularme delitos,
denostarme sin cesar;
y en él es en el que queda
un resabio que le amarga;
él quien en su ausencia larga
llevado en la incierta rueda
de la fortuna, pensó
en vengarse ó molestarme.
SALC. Como? ¿osareis achacarme...
MARIA. Ese suceso pasó:
sea yo la intercesora
entre los dos.
LOPE. No es posible
avenencia alguna; increible.
y escuchadme bien, señora.
Vos sois un ángel del cielo.
cual bello perfecto y puro,
no descendais á lo oscuro
de este cenagoso suelo.
—Callad vos. — (*A Salcedo.*
Unirnos puede
el tiempo en el mismo osario,
y en el sitio funerario
si algun ángel intercede
por mí, nos separará;
pues no se aviene el honrado
con un corazon dañado
que pronto á la infamia está...
SALC. Don Lope!
MARIA. Por Dios! — Cesad.
LOPE. Unirnos! Ahora me apresto
para luchar, y dispuesto
estoy á todo; temblad.
Tengo corazon, y tengo
con que humillaros.
SALC. Tal vez
abata yo esa altivez
muy en breve, os lo prevengo.
LOPE. No.
MARIA. Por Dios, por Dios, señores!
Vos, cual poeta afamado,
vos sereis apasionado
al lenguaje de las flores:
y vos, don Diego, oiréis
dando á vuestra saña fin
los versos que en el jardin
tambien le celebraréis.
Oh! venid, venid. El cielo,

el aroma, la armonia,
todo á vuestra fantasia
dará inspiracion y vuelo.
Huid del mundo pequeño
que os fatiga y aprisiona,
y buscad nueva corona
en un mundo mas risueño.
E. (*con entusiasmo.*)
Es verdad, doña Maria;
vos escucharéis mi acento,
mi acento que el pensamiento
esprimirá que me guia.
Vos celebraréis el canto
sentido del trobador;
vos comprenderéis su amor!...
— Amor! no: veréis su llanto;
y si enjugais apiadada
su lágrima vacilante,
y grabais en el semblante
la compasion, su mirada
será para vos tan solo...
IA. Calmad el dolor del alma.
E. Junto á vos se encuentra calma...
Ah! — Hoy tambien se encuentra dolo.
(*Por Salcedo.*)
. Oh!)
A. Venid.
E. Guiad; marchemos.
Ah!
(*ofrece su mano á doña Maria, y el contac-*
to esta produce en don Lope una conmocion
que procura ocultar. — Salcedo lo observa todo.)
IA. (Dios mio, que espresion
en sus ojos!)
E) Corazon!...
ah! suframos y callemos.)

ESCENA VII.

SALCEDO.

Me ha parecido observar...
Atando cabos iré...
y tal vez me vengaré.
Vamos, vamos á espiar.
(*Sale marcha por la misma puerta por donde*
salieron Lope y Maria.)

ESCENA VIII.

CONDÉ.

En vano: era tarde. Que desgracia!
Fadrique! preso ó desterrado!
y así sucederá; sí: mi eficacia
de qué al jóven amante ha aprovechado?
Ahora es forzoso del peligro inmenso
en que se halla darle pronto aviso.
En donde le hallaré? Por mas que pienso...
Lope... Lope! — encontrarle me es preciso.
Aquí ha estado hace poco: ya sin duda
se ha ausentado...
(*Despues de meditar un instante.*)
No hay mas; voy á escribirle.
El el amor de su pupila escuda,
y á nadie mas que á él debo advertirle.
Vil Salcedo! su pecho rencoroso,
ha producido tan fatal suceso!
Por él don Lope perderá el reposo;
por él Fadrique encontraráse preso.
Si al ménos logro que el furor evite
de ese poder real que en contra tiene...
Ah! con nobleza y lealtad compite,
y poco aquí la lealtad conviene.
Lérmos no pudo... asunto decidido
era por el monarca ya ganado.
— Voy á escribirle, y ojalá advertido
pueda salvarse el jóven desgraciado,
(*Vase por la puerta lateral derecha.*)

ESCENA IX.

DON LOPE.

Ah! por fin, por fin respiro.
Pobre cabeza oprimida,
recobra con mi suspiro
parte de tu antigua vida.
Qué es esto que por mí pasa?
Qué pena es esta tan cruda?
este hondo dolor sin tasa?
esta augustia lenta, aguda?
Amar y callar amando!
amar y ocultar amor,
y sufrir desesperando,
con tormentos y pavor!...
— Raquítica mente mia
que no puedes abarcar
el peso de esta agonía,
líbrame de este pesar;
quédate sin el recuerdo
de este piélago insondable
de angustias en que me pierdo
y en que vacilo. — Invariable,
fija idea me alentaba,
y encontré al fin mi tesoro,
y mi tesoro ocultaba

eterno pesar y lloro.
(*Asoma Salcedo á la puerta lateral izquierda y escucha á don Lope.*)
Ah! Condé, mi fiel amigo,
porqué la inmensa distancia
estrechaste, si contigo
de la comarcana Francia
trajiste un ser tan hermoso?
y porqué quiso el destino
que ese ser esplendoroso
se encontrase en mi camino?

ESCENA X.

DON LOPE, SALCEDO.

SALC. Bravo, don Lope; seguid.
LOPE. Ah! me estabais escuchando?
SALC. Sí; y estaba comentando...
mas proseguid, proseguid.
Oigo siempre con placer
vuestras palabras sentidas,
y ahora estaban dirijidas,
segun creo, á una muger.
LOPE. Es verdad.
SALC. Qué enamorado,
qué enamorado andais!
LOPE. Mucho;
y soy en amores ducho.
SALC. Poco lo habeis demostrado.
Ibais á tender las redes
y he escuchado vuestro plan:
se ha olvidado á vuestro afan
que oyen hasta las paredes.
De ese secreto soy dueño:
secreto que mucho importa.
Al fin á jornada corta
os alcancé. Tuve empeño
en dominaros, y veo
que me habeis proporcionado
vos mismo lo que he anhelado.
Ah! se cumplió mi deseo.
LOPE. Ufano estais!
SALC. Si, lo estoy.
Qué hareis ahora?
LOPE. Yo? nada.
contrastar vuestra dañada
intencion.
SALC. No podréis hoy.
LOPE. Ahora me causais desprecio.
—Ya está vuestra alma indecisa:
ya producís en mí risa:
ya os asombrais; sois muy necio.
No veis que á mi alrededor
hay una atmósfera pura
que de vuestra trama oscura
me defiende? Roedor
insecto, reptil dañino,
no veis que ahora me dais grima,
y que os tengo en poca estima,
y que andais con poco tino?
SALC. Vos pensais amedrentarme...
LOPE. Y os amedrento que es mas.
Volveos, Salcedo, atras,
porque no podeis cazarme.
Es vuestra jauria pesada;
caminais entre malezas;
dejad esas asperezas
y andad senda mas trillada:
porque al fin buscando el blanco,
que es vuestro anhelo siniestro,
poco noble y poco diestro
caeréis en el barranco;
y allí vuestra mordedura
la sentiréis solo vos,
porque la caida en pos
llevará la piedra dura;
y vos solo perderéis
cuando al sonar el guijarro,
lleno de sangre y de barro,
vencido, yerto quedeis.
SALC. No me asombra la pintura
de ese fatídico trance.
Saldré con bien de este lance.
Oh! sí; de ello me asegura
el rey que hoy mismo destierra
á Fadrique.
LOPE. Qué! ¿Fadrique...
SALC. Será fuerza que os esplique
que ha de dejar esta tierra
por órden del rey.
LOPE. Malvado!
SALC. ¿Y qué dirá el de Condé
cuando sepa...
LOPE. Qué, dí; que?
SALC. Que estáis de ella enamorado.
LOPE. No lo dirás.
SALC. Sí.
LOPE. Conservo
cierta prenda que creeis
perdida...
SALC. Nada teneis! (*Con ansiedad*
LOPE. Descubridme: la reservo...

ESCENA XI.

DICHOS, CONDÉ *con un pliego.*

CONDÉ. Ah, Lope!
LOPE. Estoy enterado
por el señor del suceso
desgraciado... ¿No era eso...
(*Asentimiento de Condé.*)
Sí, sí; me encuentro orientado.
Nada has podido lograr!
ahora me lanzo á la arena,
y allá va mi ánima llena
de esperanzas á luchar.
Mi nombre y mi fausto al par
alucinan á la ciega
muchedumbre, y do no llega
otro alguno en su nacion,
llega por su corazon
osado Lope de Vega.
Juntos van para infundirme
osadía, voluntad
constante, celebridad,
anhelo, y anhelo firme;
la amistad que llegó á unirme
con el rey. Todo me entrega
el lauro, y en mar me anega
de placer. No, buen Salcedo,
no tengais recelo ó miedo
que allá va Lope de Vega.
Y allá va; y allá consigue
lo que conseguir intenta;
que con grandes medios cuenta
y no teme: quien le instigue
tiemble. La fortuna sigue
sus pasos: siempre que juega
gana: su poder despliega
si necesita vencer,
y hoy despliega su poder,
que hoy lucha Lope de Vega.

ESCENA XII.

CONDÉ, SALCEDO.

CONDÉ. Dios le proteja
SALC. (¿Sabrá...
pero no.) Mucho desvelo
mostrais por él.
CONDÉ. Un consuelo
mi alma ahora encontrará
con su bien.
SALC. Mucho creeis
en su amistad.
CONDÉ. ¿Qué decís?
SALC. Que confiado vivís,
y...
CONDÉ. Esplicaos.
SALC. ¿No entendeis...
Mucho don Lope poetiza
y da tributo al amor,
y siempre es presa de ardor
vehemente su antojadiza
imajinacion. — Guardad
vuestro tesoro.
CONDÉ. (*Con indignacion.*) Salcedo,
escucharos más no puedo.
Callad, don Diego, callad.
— Yo de él no puedo dudar,
mas con todo esperaré;
vuestra infamia os probaré,
y entonces me he de vengar.
SALC. Os convenceréis. Su gloria
perderá el *poeta aplaudido.*
(Es mi sueño, siempre ha sido
esa mi ambicion.) Su historia
manchará negro borron.
CONDÉ. Si es cierto, el mundo sabrá
lo que yo le diga.
SALC. (Ah!)
CONDÉ. Sois de torpe condicion.
No cabe en él tal maldad.
Temed, repito, mi furia
al probaros vuestra injuria!
— Diego Salcedo, temblad.

(*Don Diego va á hablar, y Condé le impone silencio con su ademan.*)

ACTO TERCERO.

El teatro representa un lujoso salon en casa de Condé.

ESCENA PRIMERA.

FADRIQUE, ELVIRA.

FADR. Por él, Elvira, por él
disfrutamos estas horas
bellas como las auroras
para un corazon sin hiel.
ELV. Es verdad que aquí te miro?
Ah! querian separarnos!
querian atormentarnos.
Si vieras cuanto suspiro
ecsaló mi pecho amante
al saber la triste nueva!
FADR. Pobre Elvira!
ELV. Mi alma prueba
de un benéfico calmante
el néctar consolador.
FADR. Si mi desgracia sentia,
era por tí, vida mia,
y por tu inmenso dolor.
ELV. Todo por otra muger!
FADR. Cuando fuí cautivo de ella,
eras tú naciente estrella,
era muy débil tu ser;
creciste para el amor,
y al verte encontré la bella
de la que fué en pos mi huella
en mi ensueño seductor!
Conocí que eras la pura
flor en el suelo bendita,
que al alma que el duelo agita
consuela con su hermosura.
Te amé y olvidé el anhelo
de antiguo amor no sentido;
de un amor solo tenido
por tener solo un desvelo.
Y desde entonces, Elvira,
todo sin tí me es sombrio,
todo sin tu amor es frio,
sin tu fe todo mentira.
ELV. Ah! Fadrique!...
FADR. Hoy en el centro
de este festin animado,
eres ángel rodeado
de esplendor. No hay aquí dentro,
bajo el techo primoroso,
entre la turba mezquina,
una muger tan divina,
un conjunto tan precioso.
ELV. Tu amor aumenta el encanto
que tu mismo amor produce.
FADR. Es que tu voz me seduce,
porque... me embelesa tanto!...
ELV. Hoy para solemnizar
sin duda nuestra alegria,
aquí nuestra planta guia
don Lope: nuestro pesar
darémos hoy al olvido.
FADR. Si, Elvira; pues tambien se
que aquí nos aman.
ELV. Condé?
FADR. Condé y su esposa.
ELV. He creido
ver de Condé en las facciones
tintes de melancolia.
FADR. Aprehension...
ELV. Eso seria.
FADR. Volvamos á los salones
en los que eres reina y Diosa.
ELV. Uno solo ansia mi amor
vasallo y adorador.
FADR. En mí le tienes, hermosa.
(*Le ofrece la mano y se van por el foro.*)

ESCENA II.

SALCEDO, DON LOPE.

(*Cada uno sale por distinto lado.*)
SALC. Fadrique!
(*Con asombro.*)
LOPE. Fadrique. — Y ella.
Veis? Cuando yo lo decia!
Mi estrella les abre via,
y es muy dichosa mi estrella.
SALC. ¿Os ha concedido el rey...
LOPE. Y que no hará el rey por mí?
SALC. Lo veo.
LOPE. Bien. Os vencí.
De buen cuño y buena ley
son mis armas, y aunque useis
conmigo medios bastardos,

embotará vuestros dardos
mi armadura: lo veréis.
SALC. Y... ¿qué me dijisteis hoy
de una prenda que perdí...
LOPE. ¿Con que os dije...
SALC. Vos, vos, si,
LOPE. Ah! ya recordando voy...
— Prenda que no se recobra
es esa que habeis perdido,
si es que la habeis poseido
SALC. Basta ya don Lope.
LOPE. Sobra.
SALC. (No era lo que yo temia!
Ah! respiro.)
(*Salcedo ó se retira hácia el foro, ó se dirije á él llamado por algunos caballeros con quienes habla.*)
LOPE. Ya está ufano!
Si le dijese... En mi mano
le tengo... y... — qué lograria
con perderle? En fin, que goce;
que se hástie de hastíarse,
y se engria al recrearse
de la infamia con el roce.
Yo he cauterizado ya
la llaga del pecho mio;
abarqué el dolor impio,
y logré arrojarle allá.
Nada temo ya en el mundo
porque soy mas grande que él;
él me ha brindado su hiel,
y yo en mi pensar profundo
he encontrado...
(*Con alguna exaltacion.*)
(*La conversacion de los caballeros le distrae y dirije su vista al foro.*)
¿Qué rumor...
Ah! son ellos todavia?
De ellos y su algaravia
saldré muy pronto. En rigor,
qué es otra hora de finjir?
El que entre farsa ha vivido
y de ficcion se ha nutrido,
bien puede aun... sonreir.

ESCENA III.

DI LOPE, SALCEDO, MENDOZA *y caballeros.*

MENDOZA.
Qué don Lope!
LOPE.
Señores!
MENDOZA.
Embebido
(*Á los cortesanos.*)
en sus altas ideas se hallaria.
Qué cabeza! qué genio!
LOPE.
Distraido...
MENDOZA.
Y aun distraido versos compondria.
Les estaba contando á mis amigos
la elegancia del último poema.
Todos de lo que os digo son testigos.
Porque á mas de escoger un bello tema
recordando las glorias españolas,
lo habeis hecho con tanta donosura,
que imagino que vos tal vez á solas
durante el dia ó por la noche oscura,
vais recorriendo el sitio, venturoso
por describirle vos, y así el traslado
que vuestra pluma ofrece es ventajoso
al que el pincel mas diestro haya trazado.
LOPE.
Por Dios, Mendoza.
MENDOZA.
Al de Salcedo ahora
le estaba refiriendo que la ausencia
vuestra se observa adentro. Halagadora
es, sin lisonja, allí vuestra presencia.
LOPE.
Mas mérito me dais del que poseo.
MENDOZA.
Á vos don Lope os reverencian todos:
universal aprecio os granjeais.
LOPE. (*Mirando á Salcedo.*)
Lo veo.
MENDOZA.
Todos anhelan por diversos modos
complaceros. Amable, bondadoso,
os prestais á imprudentes peticiones,
y do quiera que vais el vulgo ansioso
os pide trobas y rimais canciones.
Y como á vos el genio, la figura,
como suele decirse vulgarmente
os acompañará á la sepultura,
alegre y decidor y consecuente,
en donde vos no estáis falta el contento,
se seca el labio, y el semblante toma
una espresion cruel de abatimiento
que al ausentaros vos en él asoma.
LOPE.
Galante sois, Mendoza. Si yo llevo
conmigo á todas partes la alegría,
vos, vos, y la justicia hago que debo.

en los labios llevais galantería.

MENDOZA.

Os digo la verdad.

LOPE.

Gracias. — Salcedo,
aun no sabeis la gracia soberana
que he alcanzado? Decídselo: no puedo
consentir...

MENDOZA.

Sí, lo haré de buena gana.

SALCEDO.

(Qué será?)

MENDOZA.

El fénix del ingenio ha escrito
un poema que al rey ha dedicado,
y Felipe tercero ha dicho: «admito,»
y cuanto hoy le ha pedido le ha otorgado.

LOPE. (*A Salcedo.*)

Ya comprendeis el cómo de la garra
del milano atrevido, facilmente
he sacado á la víctima que agarra
por instinto feroz.—Fuerza es que os cuente
(*A todos.*)
ya que á buscarme ahora habeis venido,
esa especie de historia ó de misterio,
puesto que el velo por demas tupido
empiezo á descorrer. Asunto es serio,
y en vez de risa en el ligero labio,
quiero fijeza en la pupila abierta,
que en este asunto media un hondo agravio,
y os reclamo atencion.

TODOS. (*Menos Salcedo.*)

Hablad.

LOPE.

En cierta
época de mi vida fuí insultado
por un hombre mezquino.

MENDOZA.

Quién?

LOPE.

Oidme:
cuando mi cuento ó sueño haya acabado,
entonces bien, lo que querais decidme.
Aquel hombre era ruin, era envidioso,
mal que padece el necio; nos batimos,
y le herí; y desde entonces rencoroso
pensó en vengarse.

MENDOZA.

Infame!

LOPE.

Nos perdimos
el uno para el otro: él partió á Francia
y yo me quedé aquí: pero aunque ausentes,
aunque mediaba colosal distancia
entre los dos; yo creo que presentes
nos teníamos siempre. El de mi supo
cuanto quiso; yo de él gané un criado
que me habia servido: en cuanto cupo
me enteré de su historia: y el menguado
no dejaba pasar solo un momento
sin recordar el duelo y su venganza,
y hasta fió al papel su loco intento,
y estampó en su cartera su esperanza.

SALCEDO.

(Ah! Dios mio!)

LOPE.

Aquí guardo la cartera.
(*Mostrándola.*)

SALCEDO.

(La mia!)

LOPE.

Si yo á alguien le leyese
lo que encierra en su seno, era certera
su perdicion.

SALCEDO.

Por Dios! (*Ap. á Lope.*)

LOPE.

Pero que cese
en él la angustia, porque mi alma es grande,
y si más no me vende le perdono.

SALCEDO.

(Y yo dije á Condé...)

LOPE.

Fuerza es que mande
la mente al corazon; no guardo encono.

MENDOZA.

Raro misterio es; y vil gusano
debe ser el que...

LOPE.

Basta. Ved quien llega.

ESCENA IV.

DICHOS, CONDÉ.

LOPE.

Venga, mi buen Condé, venga esa mano.

MENDOZA. (*A los cortesanos.*)

En todo es singular Lope de Vega.

CONDÉ. Se ha calmado ya tu pena?
has encontrado á tu hermosa?

LOPE. Aquí el ánima reposa,
y mal en tu boca suena
esa pregunta. Á qué fin
á tu casa hoy he asistido,
y aquí lugar ha tenido

tan celebrado festin?
para reir y olvidar!
Deja pues que lo procure;
que de mis penas no cure,
y no me entristezca amar.
MEND. Vos amais, don Lope?
E. Amaba:
como un insensato, un niño,
consagré eterno cariño
á un ser que ví y que no hallaba.
Así en incesante juego,
yo suspirando y sufriendo
y ella nunca apareciendo,
se fué apagando mi fuego:
y al fin he sentido helada
la frente que antes ardia,
y hoy respira el alma mia
menos triste y agoviada.
P. Pobre don Lope! Adoraba
tal vez á un ser invisible.
P Y es tormento indefinible
si la mente queda esclava
de un pensamiento cruel.
ES. Oh! lo sé por esperiencia.
PI Pues ya sabeis la dolencia
ani que proporciona.
NI. É infiel
eres ya á tu ángel divino?
PI Como yo nada he jurado,
tambien en nada he faltado.
CONDÉ. (*Con intencion.*)
Y... no la has visto?
(Adivino...)
PE (*Dirije á Salcedo una mirada de desprecio.*)
Deja por Dios ese asunto,
que no puedo hablar de bellas
sin que padezca por ellas,
y sin que se altere al punto
mi pecho. Y mi padecer
in duda es mas importuno,
ues conozco cual ninguno,
ual ninguno á la mujer.
ND. Describídnosla.
ano. ND. TODOS. Sí, sí.
ND. mprovisad un soneto.
E. Es ponerme en grande aprieto.
ND. (*A los cortesanos.*) A ver que sale de allí.
E. ntes dejadme pensar.
DÍ. (Sospechar de Lope es mengua.)
C. (Dios guie su osada lengua.)
E. idme, voy á empezar. (1)

(1) *Este soneto es de Lope de Vega.*

«Es la muger del hombre lo mas bueno;
«es la muger del hombre lo mas malo;
«su vida suele ser y su regalo;
«su muerte suele ser y su veneno.
«Es vaso de bondad y virtud lleno;
«á un áspid Libio su ponzoña igualo;
«por bueno al mundo su valor señalo;
«por malo al mundo su valor condeno:
«ella nos da su sangre, ella nos cria;
«no ha hecho el cielo cosa mas ingrata;
«es un ángel, y á veces una harpía:
«tan presto tiene amor como maltrata:
«es la mujer en fin como sangría,
«que á veces da salud y á veces mata.
TODOS. Bien, muy bien.
MEND. Esa pintura
es exacta. Qué verdad!
SALC. (Maldita celebridad!)
CONDÉ. Muy bien, Lope.
(*Sigue hablando con don Lope.*)
MEND. (*A los cortesanos.*) El no se apura
por consonantes; así
hablaria hasta mañana.
Y que condicion tan llana
la suya! Desque le ví
le cobré aficion.
CONDÉ. Despues (*Ap. á don Lope.*)
hablarémos mas despacio.
Por intrigas de palacio
que me aflijen como ves,
pienso abandonar la corte.
SALC. (Qué hablarán!) (*A los cortesanos.*)
MEND. Es gran poeta.
LOPE. (*A Condé.*) Es resolucion discreta.
MEND. Ya lo revela su porte. (*A los cortesanos.*)
SALC. (Esta ansiedad martiriza.)
LOPE. Tambien tengo yo un intento,
(*Ap. á don Lope.*)
un profundo pensamiento
que hoy tu amigo realiza.
Despues hablarémos: ahora
nos hallamos rodeados
de estos necios admirados
por mi musa engañadora.
— Que tal la improvisacion?
(*A los cortesanos.*)
MEND. Portentosa! Es grande idea.
Vuestra musa se recrea
prestándoos inspiracion.
LOPE. Es verdad; me quiere bien:
conoce cuanto me halaga,
y cual seductora maga
me abre fantástico eden.

Del eden no me aprovecho,
porque en él no se escojer;
pero en él á mi placer
va dilatándose el pecho.

(*Salcedo se debe quedar pensativo á un lado del teatro: don Lope va á juntarse con él. Entretanto Mendoza y los cortesanos hablan con Condé.*)

Que callado estáis don Diego! (*Alto.*)
(*Aparte los dos.*)
Lo sabe todo por vos.

SALC. Por Dios, don Lope, por Dios!
no me perdais! Oh, yo os ruego...

LOPE. Esta cartera...

SALC. Ah! guardadla.

LOPE. Aquí políticos planes
y vergonzosos afanes
se encuentran. — La veis? — Miradla.
Si la entrego al soberano
cae al punto vuestro cuello.
Nuestro mútuo triunfo es bello!
Vos calumniador, villano,
curso habeis dado á un secreto
que solo mi pecho sabe
porqué tan solo en el cabe,
y en él le tengo sujeto!
Pero temblad.

SALC. Ah! piedad!

LOPE. Os desprecio por el miedo
que os postra ante mí, Salcedo.
Eh!... tomad y respirad.
(*Le da la cartera.*)

SALC. (Ah!)

LOPE. Mis armas os entrego.
Quitadme ya sin temor
cual ántes fama y honor:
yo no temblaré don Diego.
Dejad ese ceño adusto
que mal sienta á vuestra suerte:
de los dos sois el mas fuerte;
ya no hay motivo de susto.
Reid. — Reid! (*Alto.*)
(*Llama la atencion de todos.*)
Nada, nada!
le he repetido el soneto,
y se encuentra tan inquieto
que nada, nada le agrada.
Pobre Salcedo! á mi ver
la descripcion que le he hecho
del ruin, venenoso pecho
que posee la muger,
por hallarse enamorado
le trastorna y le confunde,
y su pensamiento se hunde
en abismo dilatado.
Dejad por Dios las quimeras
del amor: miradme á mí.
Consuela su frenesí (*A Condé.*)
con tus palabras sinceras.
Yo me dirijo al salon.

MEND. Vamos al salon, sí, vamos.

LOPE. Allí nosotros gozamos
porque allí está la ilusion:
allí se olvida el pesar;
se nutre la fantasía;
se eleva la poesía;
vamos allí á... delirar.

ESCENA V.

SALCEDO, CONDÉ.

CONDÉ. Aun pensais...

SALC. Como pensaba.
Espiad, que yo espiaré;
y claro veréis, Condé,
que su enfermedad se agrava;
que ha sido pura ficcion
cuanto aquí le habeis oido.

CONDÉ. Os escucho estremecido,
y me tiembla el corazon.
Don Diego, si por acaso
os engañais, no respondo
de mí. Yo comprendo el fondo
de odio que os guia este paso
á dar. Si os alucinase
el rencor...

SALC. Condé, he oido...

CONDÉ. Á ella?

SALC. Á él: le he sorprendido.
Ya veis por distinta fase
este asunto. Él la ama! Oh!
lo juro.

CONDÉ. Está bien.

SALC. Os dejo;
pero seguid mi consejo;
espiadle como yo.
(*Condé queda pensativo.*)
Ya vacila, ya sospecha.
Temblad, don Lope: os quedais
sin armas, y me las dais
generoso! Mi alma acecha
la ocasion de derrocar
vuestro colosal prestijio,
y alcanzaré ese prodijio,
porque me quiero vengar.

ESCENA VI.

CONDÉ.

No puede ser, no lo creo;
sin embargo observaré.
Y yo dudo de su fé!
— Es de Salcedo el deseo...
Por descubrir su pasion
un festejo he preparado...
Al fin de él ha recelado
mi mezquina condicion.
Maria! (*viéndola llegar.*)
Quiero probar...
A él no le alteró la nueva...
— Este afan mi ánima lleva
envuelta en hondo penar.

ESCENA VII.

CONDÉ, MARIA.

...D. Ven, Maria, ven; espera
la brillante reunion
al ángel de bendicion
que esparce la lisonjera
dicha.
...RI Claudio!
...'DI Ven, que hoy es
...sin duda la vez postrera
...que esta reunion placentera
...verás sumisa á tus piés.
...RIA Qué dices?
...DÉ. Qué? que en España
...o cabe mi buena fe,
...á otra parte va Condé
...librarse de la saña.
...ido. IA. Te amenaza algun peligro?
...Tú, del ministro pariente...
...DÉ. He ahí pues, lo que resiente
...la envidia, y porqué emigro.
...además...
(*Con intencion. — La observa.*)
(Es inocente.)
...erás tú feliz, Maria,
...viendo en mi compañia
...nque entre estranjera gente?
...e tierra estraña vinimos,
...ella nos encontramos,
...í tambien nos amamos,
...allí, ay Dios! felices fuimos.
...o sientes dejar el suelo
...tus padres?
He perdido
á los dos, y te han cedido
su lugar desde que el cielo
guarda sus almas. La tierra
sin tí no me ofrece encanto:
contigo es hermoso y santo
cuanto ella en su seno encierra.
Donde quiera hay cielo y vida
y bella naturaleza:
donde pueda tu cabeza
sobre mi seno adormida
reclinarse, en donde sienta
palpitar tu pecho amante
junto al mio que constante
por tu fe y tu amor alienta,
allí está el suelo querido
de mi patria, allí hay amores,
y allí brotarán las flores
junto al hogar bendecido.

CONDÉ. Bien, Maria, bien; te adoro
con cuanto amor cabe en mí,
y se que aquí hay para tí
de amor inmenso tesoro.
Ya ni penas ni temores
me agitan... (Salcedo!...)
(*Viendo que Salcedo le llama desde el foro.*)
Adios!
Tu primo... (*señalando á Salcedo.*)

MARIA. Cuidad los dos
de evitar crudos rigores
de la suerte.

CONDÉ. Sí, sabré
apartarlos. (Cuanto me ama!
Aunque sienta activa llama
Lope, qué he de temer, qué?)

ESCENA VIII.

MARIA, *á poco Lope de Vega.*

Qué me importa dejar la patria mia?
Qué anhela el corazon enamorado?
En donde encuentra el alma simpatía?
del generoso adorador al lado.
Si él me dice su amor y su ternura,
si él siente junto á mí dicha suprema,
qué mas gloria, mas goce, mas ventura?
esa es de amor la hermosa diadema.
(*Al dirijirse al salon se encuentra con don Lope.*)

ESCENA IX.

MARIA, DON LOPE.

LOPE. Señora, os encuentro al fin.

MARIA. Ah! don Lope!...
LOPE. Sí, yo soy.
Tal vez importuno estoy...
Ibais sin duda al festin?
MARIA. Hablad, no me molestais;
sabeis cuanto me interesa
por vos.
LOPE. Conozco el esceso
de bondad que atesorais.
(Por última vez la veo!
Corazon mio, contente.)
Que sabeis ya mi inocente
cariño hácia Élvira creo!....
(*Empiezan á atravesar por el foro varios convidados.*
MARIA. Vuestra pupila?
LOPE. Sí, sí;
la misma.

ESCENA X.

DICHOS, SALCEDO, CONDÉ.

SALC. Allí están, mirad. (*Aparte á Condé.*)
Retiraos y escuchad.

ESCENA XI.

DICHOS, ELVIRA, FADRIQUE.

FADR. Vedle, Elvira, vedle aquí.
LOPE. (*Al oir á Fadrique se vuelve y los ve á todos.*)
Venis en buena ocasion:
(*A todos*) Llegad.—Sois jóven y bella;(*A Maria.*)
tened una hermana en ella. (*Por Elvira.*)
que es tierno su corazon.
MARIA. Con placer...
LOPE. Yo la abandono.
RLV. Que decís?
LOPE. Si; dejo el mundo
de ostentacion, tras profundo
pensamiento, y sin encono.
Se tú pues su protector; (*A Condé.*)
y entrégala solo á él. (*Por Fadrique.*)
FADR. Pero...
LOPE. Ese vano oropel
abandono sin dolor.
No te dije antes que iba (*A Condé.*)
á realizar una idea?
Pues es fuerza que ahora sea,
pues me ofrece perspectiva
anhelada.
CONDÉ. No comprendo...
LOPE. Prestadme vuestra atencion.
SALC. (Aguzo mi comprension,
y no hay mas, yo no le entiendo.)
LOPE.
Dejo la vana pompa engañadora
por el tosco sayal del penitente;
la estancia del palacio seductora
por la pequeña celda del creyente.
Y en vez del salon régio y régia silla
y cortesano estruendo y galas y oro,
contemplaré el altar y la capilla,
me nutriré de relijioso coro,
ahogaré en mi fecunda fantasia
la inspiracion profana, y al eterno
consagraré la dulce melodia
del cántico sentido, puro y tierno.
ELVIRA.
Señor...
CONDÉ.
Estás en ti?
SALCEDO.
(Qué es lo que escucho?
LOPE.
Todos vosotros conoceis mi historia,
y sabeis que he sufrido mucho, mucho;
que no compensa á mi sufrir mi gloria.
Si, que las horas de gozar son breves,
«y así la verde edad se esparce al viento, (1)
«y así las esperanzas son aleves
«que tienen en la tierra el fundamento.
Por eso yo con vocacion constante
busco del claustro con anhelo puro
la soledad tranquila, de ella amante,
para vivir, para morir oscuro.
FADRIQUE.
Eso no, no es posible.
CLAUDIO. (*Aparte á Salcedo.*)
Buen Salcedo,
quitaos de mi vista: el ser pariente
de mi esposa os defiende; mas no puedo
sufriros más aquí.
SALCEDO.
Siempre impotente
soy contra él.

ESCENA XII.

DICHOS, MENDOZA, CABALLEROS.

MENDOZA.
Don Lope...

(1) *Los tres versos de este cuarteto señalados con comillas, son de Lope de Vega.*

LOPE.

Me despido
de mis amigos, y llegó el momento
de alargaros la mano; no me olvido
nunca de vos.

MENDOZA.

Y vais... — donde?

LOPE.

Á un convento.

MENDOZA.

un convento! Ocurrencia como suya!

LOPE.

ien, reid: ya pedido está el permiso.
iando venga no habrá nada que arguya
contra...

MENDOZA.

Pues lo siento.

LOPE.

Ya es preciso
mplir lo demandado.—Vuestra mano.—
(*A Salcedo en voz alta.*)
dios, Salcedo, os lo perdono todo.
(*Aparte á él.*)
Oidme bien. (*A todos.*) De despedirme ufano
del mundanal murmullo busqué el modo.
El último festin he presidido
de mis prendas mas caras circundado,
y en él de mi cabeza he desceñido
el laurel con que el mundo me ha halagado.
Mis ardientes pasiones he vencido
por conviccion potente domeñado,
y á Dios adoro porque Dios merece
más que la lira que el cantor le ofrece.
Adios, Condé, Fadrique, Elvira amada.
Adios, señora,... á quien tambien venero.
Pensad alguna vez en mi ignorada
vida.

CONDÉ.

Lope!

LOPE.

Condé, ten cuanto quiero;
(*Por Fadrique y Elvira.*)
cuanto alivió mi suerte desgraciada.
Corro al convento en que vivir prefiero;
y á vosotros y á Dios, desde allí lega
su recuerdo y su ser Lope de Vega.

FIN DEL DRAMA.

En la página 4, columna 2. linea 46 donde dice « arrostrar por todo » lease: «arrostrarlo.»
En la página 10 lineas 25 y 30 en vez de « Condé » léase: «Lope.»

Este drama es propiedad del editor de las JOYAS DEL TEATRO, quien perseguirá ante la ley al que lo reimprima ó represente sin su permiso en cualesquiera teatros del reino, sociedades, liceos, etc., con arreglo á lo prevenido en las reales órdenes vigentes.

Artículos de los Reglamentos orgánicos de Teatros, sobre la propiedad de los autores ó de los editores que la han adquirido.

«El autor de una obra nueva en tres ó mas actos percibirá del Teatro Español, durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señala, el 10 por 100 de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. Este derecho será de 3 por 100 si la obra tuviese uno ó dos actos.» *Art* 10 *del Reglamento del Teatro Español de* 7 *de Febrero de* 1849.

«Las traducciones en verso devengarán la mitad del tanto por ciento señalado respectivamente á las obras originales, la cuarta parte las traducciones en prosa.» *Idem art.* 11.

«Las refundiciones de las comedias del teatro antiguo, devengarán un tanto por ciento igual al señalado á las traducciones en prosa, ó á la mitad de este, segun el mérito de la refundicion.» *Idem art.* 12.

«En las tres primeras representaciones de una obra dramática nueva, percibirá el autor traductor ó refundidor, por derechos de estreno, el doble del tanto por ciento que á la misma corresponda. *Idem art.* 13.

«El autor de una obra dramática tendrá derecho á percibir durante el tiempo que la ley de propiedad literaria señale, y sin perjuicio de lo que en ella se establece, un tanto por ciento de la entrada total de cada representacion, incluso el abono. El máximum de este tanto por ciento será el que pague el Teatro Español, y el minimum la mitad. *Art.* 59 *del decreto orgánico de Teatros del Reino de* 7 *de Febrero de* 1849

«Los autores dispondrán gratis de un palco ó seis asientos de primer órden en la noche del estreno de sus obras, y tendrán derecho á ocupar tambien gratis, uno de los indicados asientos en cada una de las representaciones de aquellas.» *Idem art.* 60.

«Los empresarios ó formadores de Compañías llevarán libros de cuenta y razon, foliados y rubricados por el Gefe político, á fin de hacer constar en caso necesario los gastos y los ingresos.» *Idem art.* 78.

«Si la empresa careciese del permiso del autor ó dueño para poner en escena la obra incurrirá en la pena que impone el art. 23 de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 81

«Las empresas no podrán cambiar ó alterar en los anuncios de teatro los titulos de las obras dramáticas, ni los nombres de sus autores, ni hacer variaciones ó atajos en el texto sin permiso de aquellos; todo bajo la pena de perder, segun los casos, el ingreso total ó parcial de las representaciones de la obra, el cual será adjudicado al autor de la misma, y sin perjuicio de lo que se establece en el artículo antes citado de la ley de propiedad literaria.» *Idem art.* 82.

«Respecto á la publicacion de las obras dramáticas en los teatros, se observarán las reglas siguientes:

1.ª Ninguna composicion dramática podrá representarse en los teatros públicos sin el previo consentimiento del autor.

2.ª Este derecho de los autores dramáticos durará toda su vida, y se transmitirá por veinte y cinco años, contados desde el dia del fallecimiento, á sus herederos legítimos ó testamentarios, ó á sus derecho-habientes, entrando despues las obras en el dominio público respecto al derecho de representarlas.» *Ley sobre la propiedad literaria de* 10 *de Junio de* 1847, *art.* 17.

«El empresario de un teatro que haga representar una composicion dramática ó musical sin previo consentimiento del autor ó del dueño, pagará á los interesados por via de indemnizacion una multa que no podrá bajar de 1000 reales ni esceder de 3000. Si hubiese además cambiado el título para ocultar el fraude, se le impondrá doble multa.» *Idem art.* 23.